

## *Primera parte*

# Bochorno

Domingo, 24 de julio

**E**n un primer momento sólo siente miedo. Abre los ojos y ve, a la luz mortecina del alba, la habitación que tan bien conoce. Permanece un rato tumbada, escuchando el cortejo nupcial y el alboroto de los mirlos ante su ventana, después piensa en Barrabás, y su fatigado cuerpo se tensa al aguzar el oído. Vieja tonta, temes por tu perro como otras temen por un hombre, se reprende. Pero sólo cuando se ha convencido de que ese sordo roce en el suelo apenas perceptible es la respiración de Barrabás reúne el valor para incorporarse.

El dolor le lacera los brazos y los hombros antes incluso de que sus pies toquen la desgastada lana de la alfombra. Haz un esfuerzo, domínate, la mañana siempre es el peor momento, pero sabes que a pesar de todo puedes levantarte. Aprieta los labios. Deterioro y malas posturas durante décadas, demasiado trabajo y tensión, eso es todo lo que dicen al respecto los médicos. Tome analgésicos, cuídese. Lo que de verdad piensan, lo ocultan tras la fría sonrisa de la juventud y preguntas hipócritas. ¿Vive usted sola? ¿Cuántos años tiene, señora Vogt? ¿Ochenta y dos? ¿Un jardín grande? ¿Y un pastor alemán? ¿No le parece demasiado? Y luego está la mina de lignito: Frimmersdorf ya no es lo que era. Es vieja, qué espera, váyase al diablo, eso es lo que de verdad quieren decir los médicos, pero ella no les hará ese favor.

El calor del día que despunta se cierne sobre los bancales como un mal presentimiento. Debería ocuparme enseguida de los calabacines y las judías, coger las fresas antes de que se las

coman los mirlos, después hará demasiado calor, piensa. El hervidor pita, prepara café, unta con mantequilla y miel una rebanada de pan tostado, llena el cuenco de Barrabás de agua y le echa unas galletas para perros. El animal se le arrima, y ella le rasca las orejas, desoyendo el dolor con el que su cuerpo castiga su postura levemente inclinada. Barrabás bebe el agua a lametazos, ella sorbe el café en la mesa del porche, ante la cocina. Las cuatro y media. Si hay una señal de mal agüero, ella no se percata.

Así debería ser siempre, reflexiona. Principio, no fin. Un día tan límpido y nuevo, como hecho para nosotros solos. Unos mirlos levantan el vuelo, y la nostalgia asoma a los marrones ojos de Barrabás. ¿Cuándo dieron el último paseo en condiciones? ¿Cuándo pudo correr el animal por los campos? ¿Antes de ayer? ¿Hace una semana? Ya no se acuerda. Otra maldición de la edad, estas lagunas. En verdad hace falta mucha seguridad en uno mismo para no dejarse doblegar por la vida. Cuanto mayor es uno, más. Lleva la taza vacía a la cocina y le pone la correa al perro, entusiasmada de repente con la idea de dar una buena caminata. Ya cogerá las fresas cuando regresen, y la verdura tendrá que esperar a la tarde.

Decide atravesar el pueblo y, aunque todavía es temprano, no suelta a Barrabás. Mientras ella se comporte como es debido, nadie podrá afirmar que ya no tiene fuerzas para dominar a un animal tan grande y vigoroso, y, por lo tanto, que supone un peligro para sus semejantes, así que habría que sacrificar al perro y mandarla a ella al asilo. A las afueras de la localidad, tras el campo de deportes, suelta a Barrabás. La colosal central eléctrica no duerme: el humo asciende sibilante en el cielo matutino, la sirena aúlla, las cintas transportadoras llevan lignito, traquetean y chirrían. Decide atravesar el túnel, cruza el río, a cuya orilla se sentarán más tarde los pescadores. Por lo visto Barrabás tiene un buen día, corretea como un cachorro. Al cabo de un rato deja el camino y se adentra en un bosquecillo. Ella lo sigue despacio, poniendo buen cuidado

en no tropezar. El sol está ya más alto, pero todavía no quema, el aire huele a manzanilla silvestre.

El rugido de un motor le llega directo al corazón. Perpleja, gira sobre sí misma. ¿Qué ha sido eso? El motor ruge de nuevo, le sucede un petardeo discordante. Un gamberro, piensa, no tienen respeto por nada. Pero ¿acaso los domingos a esa hora los jóvenes no están durmiendo la mona? Durante una fracción de segundo cree que el causante del ruido matutino va directo hacia ella, otro petardeo y un destello, detrás, hacia el camino. Acto seguido ya no ve nada, y el ruido del motor se aleja.

¿Dónde está Barrabás? De pronto el miedo de la noche se apodera nuevamente de ella. ¿Qué haría yo sin mi perro? ¿Qué me quedará si muere? Lo llama y lo descubre en un hoyo, revolcándose con alegría en la inmundicia, tardará lo suyo en quitarle el polvo del pelo. La casa entera huele a perro, admítelo, hace ya meses que no eres capaz de bañar al animal: la voz de su hija. Elizabeth Vogt sacude la cabeza, aunque sabe perfectamente que así no podrá ahuyentar los recuerdos.

—¡Barrabás, ven, vuelve con tu ama!

Su voz es el sordo graznido de una vieja.

—¡Barrabás!

Finalmente, el perro consiente en obedecer, meneando el rabo y con una mirada casi picarona. Elizabeth nunca puede enfadarse con él, ni siquiera ahora, cuando se le escapa para acercarse dando brincos hasta donde se oyó el petardeo y se vio el destello. Bueno, al fin y al cabo le da lo mismo ir por un sitio que por otro, de manera que lo sigue. El suelo es arenoso. La tierra se le mete en las sandalias Birkenstock, una y otra vez ha de desenredar los pies de la maleza. Oye el gruñido gutural de su perro antes de verlo y se acalora. Sostiene en la mano la correa de cuero trenzada como si fuese una anguila muerta.

—Barra...

La voz le falla. En todos los años que llevan juntos, el perro nunca le ha inspirado miedo, nunca le ha dado motivo, pero ahora Elizabeth quiere huir, no quiere ver lo que convierte a su afable compañero en un animal infernal que echa espuma

por la boca; sin embargo, algo más fuerte que ella la empuja hacia los achaparrados árboles.

Al principio sólo ve el lomo arqueado de Barrabás. Tiene el pelaje erizado, los músculos tensos, le ha hincado los dientes a algo, tira de ello, y durante todo el tiempo de su garganta sale un abismal rugido.

—¡Barrabás, sal de ahí!

El horror le devuelve la voz, deja caer la correa sobre el lomo del animal. Nunca antes le había pegado, salvo un leve golpe con el periódico, pero ahora le propina correazos como enloquecida, con una fuerza que creía haber perdido hacía tiempo, mientras agarra al macho por el collar y lo estrangula hasta que el gruñido finalmente se torna en un gáñido y el animal abre la ensangrentada boca.

Su presa yace en el suelo, desmadejada e inerte: un teckel de pelo duro. Las imágenes desfilan ante los ojos de Elizabeth: el chico de su calle con su Milú, ambos con los ojos brillantes. Su nieto, que abraza a Barrabás y le suplica a su madre que por favor, por favor, por favor le regale un perro, aunque sea uno pequeño, no tiene por qué ser un ovejero, le basta con un teckel, y nunca, nunca, nunca volverá a pedir nada, ni por Navidad ni por Pascua ni por su cumpleaños, y lo sacará a pasear siempre, lo juro, mami, lo juro, por favor, por favor, por favor.

Sin aflojar la presión que ejerce en el collar de Barrabás, cierra los ojos unos instantes. No, no quiere ver lo que hay, no quiere quedarse allí, no quiere, no puede. Los jadeos de Barrabás y el zumbido importuno de una moscarda de un brillante color verde metálico la devuelven a la realidad del bosque. A casa, tenemos que irnos a casa, no podemos quedarnos aquí, si nos encuentran aquí y ven lo que ha hecho Barrabás me lo quitarán. Engancha la correa al collar y tira del perro despacio. Su espalda grita de dolor, de repente vuelve a sentirla, y también la energía del perro parece agotada, Barrabás se agazapa a su lado, tembloroso, un perro viejo y confuso, cómo ha podido propinarle semejante paliza. A casa, piensa de nuevo, tenemos que irnos a casa, allí estaremos a salvo, todo irá bien.

El sol asciende por el cielo demasiado deprisa, el vestido de Elizabeth se le pega a los muslos y la espalda, respirar se torna doloroso. Nadie sabrá lo que has hecho, yo cuidaré de ti, Barrabás, mi amigo, mi compañero, no te sacrificarán, no lo permitiré, perdona lo que te he hecho.

Perdona. Perdona. Con las fuerzas que le quedan se obliga a no pensar en otra cosa.

La villa del distinguido barrio de Bayenthal, en Colonia, destila apatía con el calor, cuya llegada los medios de comunicación denominan, con decreciente entusiasmo, el verano del siglo. Hasta los árboles de los paseos parecen exhaustos. Judith Krieger, inspectora jefe de la brigada de Homicidios, de vacaciones voluntarias, echa atrás la cabeza y mira al cielo por la capota plegada de su dos caballos. Le apetecería poner en marcha el motor, acelerar y sentir el viento en el rostro hasta llegar a un lago. Si cierra los ojos, le da la impresión de poder tocar el agua. Fría y de un verde azulado casi de postal cursi.

Un Mercedes oscuro se detiene detrás de su dos caballos. El hombre que se baja de él le resulta conocido y desconocido a un tiempo, igual que la casa frente a la que ha aparcado. Se dirige hacia ella dando unos pasos demasiado pequeños para su cuerpo. Como si no necesitara las piernas para avanzar, más bien como si se deslizara hacia Judith, un cangrejo de ojos azules con sobrepeso y vestido con ropa informal de color claro que hubiese perdido la costumbre de caminar de lado. Judith nota malestar en el estómago. Ha sido un error venir, piensa. Es mi última semana de vacaciones. No debí dejarme convencer, ni siquiera por los viejos tiempos, lo pasado, pasado está.

—Pero si es la mismísima Judith Krieger, ¡por fin!

Su antiguo compañero de clase deja a la vista unos dientes cuyo arreglo le habrá hecho ganar una pequeña fortuna a un ortodontista.

—Berthold Prätorius.

Judith sale del coche y retira su mano cuanto antes de la de él, húmeda y caliente.

El hombre la mira radiante.

—Sabía que vendrías.

—Pues estabas tú más seguro que yo.

Él se pasa la mano por el cabello castaño ratonil, un gesto nervioso. Antes sus dedos eran finos y estaban manchados de tinta, las uñas eran casi inexistentes; ahora tan sólo los anchos y carnosos pulpejos delatan al doctor Berthold Prätorius, solicitado experto en informática, como antiguo come uñas y bicho raro de la clase.

—Por favor, Judith. Ya te lo he dicho, Charlotte corre peligro, tienes que ayudarme.

La llamada de Berthold fue una sorpresa absoluta. Le suplicó encarecidamente a Judith que se reuniera con él en la villa de Charlotte. Su antigua compañera de colegio había desaparecido hacía varias semanas, para ser exactos no se sabía nada de ella desde finales de mayo. No, no estaba de vacaciones. Charlotte siempre iba al Báltico: Fischland Darss/Zingst, pensión Storch, a observar aves marinas, pero no estaba allí. Era como si se la hubiese tragado la tierra, quizá le hubiera sucedido algo, pero él tenía las manos atadas, sólo sabía de ordenadores, la policía no entendía su preocupación, y al fin y al cabo Judith era inspectora. Vale, dijo ésta al cabo, le echaré un vistazo a la casa, extraoficialmente. Tal vez averigüemos algo.

Judith ve que busca algo en los bolsillos de los pantalones, izquierda, derecha, izquierda de nuevo, hasta que por fin saca una llave profiriendo un suspiro y la mueve delante de ella.

—¿Lo haces tú o lo hago yo?

—Tú eres su amigo, no yo.

Él asiente e introduce la llave en la cerradura. La piel reacciona con el frescor del pasillo, el aire está viciado. Muerta, piensa Judith, aun cuando nada insinúe el inequívoco olor a descomposición de un cuerpo humano. Huele a polvo, a naftalina y un poco a desinfectante. Berthold cierra la puerta, y la sensación de entrar en un mausoleo se acentúa.

—¿No hay luz? —Judith palpa la pared junto a la puerta en busca de un interruptor.

—Las persianas están bajadas, espera.

Berthold se adelanta y abre una puerta, ella encuentra el interruptor en el mismo instante en que él sube las persianas de la habitación contigua. Quedan a la vista un papel pintado color rosa palo, un pesado armario ropero, un espejo y un banco pasado de moda.

Berthold Prätorius echa a andar de nuevo, y Judith lo sigue hasta un salón con muebles de roble macizo. También allí reina la penumbra hasta que Berthold sube las persianas y descubre un jardín similar a un parque rodeado de altas coníferas. La luz inunda la estancia, un sol que en un primer momento no calienta, sino que les hiere en los ojos.

—El césped parece recién cortado —observa Judith.

—Charlotte tiene jardinero.

—¿Cómo le paga?

Berthold se encoge de hombros.

—¿Por transferencia? No tengo ni idea.

Judith echa una ojeada. Sobre el sofá de piel con remaches cuelga un pesado óleo con el marco dorado: jinetes con casaca roja que tiran con fuerza de las riendas de unos caballos frenéticos, podencos con el morro ensangrentado, un ciervo a la fuga.

—Esta casa no es lo que se dice juvenil.

—El mobiliario es del padre de Charlotte.

Berthold habla como si quisiera defender a la compañera desaparecida, con la cual él, a diferencia de Judith, ha seguido en contacto. Son amigos, según le ha dicho.

—¿Su padre ha muerto?

—Sí, falleció hace nueve meses.

—Bastante tiempo para hacer algún cambio.

—Las habitaciones de Charlotte están arriba. Mira lo que quieras tranquilamente, por desgracia yo tengo que irme —dice sin mirarla.

—¿Es que vas a dejarme aquí sola buscando el cadáver?

El rosado cutis de Berthold palidece un tanto, la carnosa mano derecha se posa en el pecho.

—Aquí no hay ningún cadáver, he mirado por todas partes, incluido el sótano.

—Muy tranquilizador.

—De lo que se trata, como te he dicho, es de averiguar adónde ha podido ir Charlotte.

—Y tú no tienes ninguna idea...

—Te acompaño arriba, pero después tengo que marcharme. Un error del sistema en la empresa, cómo iba a preverlo, sin mí están listos.

—¿No habías dicho que los domingos siempre librabas?

—Lo siento. Para los ordenadores todos los días son iguales.

La conduce escaleras arriba, adentrándose en el ensombrecido mundo de Charlotte Simonis. Una alfombra marrón que, sujeta con barras de latón, viste los peldaños amortigua sus pasos. El olor a desinfectante y naftalina cobra intensidad, el lago con el que acaba de soñar Judith parece cada vez más un espejismo.

—Aquí es.

Berthold abre una puerta de madera lacada en blanco. En la habitación, crepuscular, huele a cerrado y hace calor. Judith encuentra el interruptor y se sobresalta: unas muñecas clavan sus ojos vidriosos en ella, la devuelven a una época que preferiría olvidar, le recuerdan que tiene algo que subsanar, aunque probablemente sea demasiado tarde. Acto seguido la preocupación que Berthold siente por la compañera común se apodera de Judith, recorre su cuerpo como si fuera un veneno. ¿Por qué ha conservado Charlotte las muñecas? ¿Qué dice eso de su vida? Algo le revuelve el estómago, y el calor sofocante de la buhardilla no la hace sentirse precisamente mejor.

Las moscardas zumban, un grillo lanza su discordante canto diurno en busca de pareja. Un sol despiadado castiga la nuca y los antebrazos de Elizabeth, que se apoya un momento en la

pala para recuperar el aliento. Ante sus ojos bailotean círculos negros rojizos. Debe de estar loca para cavar un hoyo con este calor. Pero, claro, no tiene elección. Ha encerrado a Barrabás en casa, desoyendo sus gemidos de protesta cuando regresó al bosquecillo cargada con la pala y la maleta. Se pone de nuevo a cavar, comprueba satisfecha que el agujero pronto será lo bastante profundo. No hay más remedio, piensa, he de llegar hasta el final, borrar el pecado de Barrabás.

El teckel de pelo duro yace a su lado, en la arena. Sus ojos vidriosos parecen observarla. Una mosca se le posa en el rabillo del ojo, Elizabeth levanta la pala y la espanta, pero el insecto es tenaz, regresa una y otra vez. Pues claro, piensa Elizabeth, quiere comer. Comer y ocuparse de los suyos, así es la vida. La idea de que acto seguido las larvas de mosca se regalarán con los ojos del perro le revuelve el estómago, aunque se crió en una granja y Dios sabe que no es melindrosa. Clava la pala en la arena y se pone de rodillas lanzando un ay de dolor. Ven, pequeño, acabemos con esto. Al menos de las moscas puedo protegerte.

Abre la maletita y saca una de las viejas sábanas de rizo que harán las veces de mortaja. Coloca encima al teckel. Aunque es pequeño, pesa. Elizabeth siente acidez en la boca. La mordedura de Barrabás en el blando y desgredado pelaje apenas se ve. Una mosca de color verde metálico prueba suerte de nuevo. Elizabeth se apresura a levantar el perro en su ataúd de cuadros verdes y rojos. El animal todavía la mira, pero ése no es el motivo de que Elizabeth se ponga a temblar de forma incontrolada de repente. Al teckel le falta la oreja derecha. Alguien debe de habérsela cortado, no hace mucho, con un cuchillo, ya que hay sangre pegada en el corte.

A punto de concluir su fin de semana libre, el inspector de la brigada de Desaparecidos Manfred Korzilius está sentado en la cervecería Maybach, pensándose si abordar o no a la rubia con ojos de gata del desgastado vestido rosa que se despreza

en la barra con su amiga, mucho menos atractiva. Si se acerca, se arriesga a recibir calabazas; por otra parte, ambas dan la impresión de que no les vendría nada mal un cambio. Y el que no se arriesga... La cuestión siempre es, naturalmente, si el esfuerzo merece la pena. Ahora la señorita Ojos de Gata da vueltas a un pasador plateado de su cabello y se abanica con la carta de bebidas. Muy guapa. El móvil de Manni, en modo vibrador, se vuelve más inoportuno, exige que se ocupen de él inmediatamente, en el acto. Qué coño será, piensa mientras abre el Nokia, de todas formas hace demasiado calor para darle al sexo.

—Siento molestarte —oye decir a Thalbach, su nuevo jefe.

—Hoy no estoy de servicio.

—Lo sé, pero acabo de hablar con Millstätt y los dos opinamos que eres el hombre adecuado para esto.

—Ajá —responde Manni, y se enfada porque no se le ocurre nada más inteligente que decir. ¿Por qué coño llama Thalbach al jefe de la brigada de Homicidios? ¿Será por fin inminente la vuelta de Manni a la KK 11, la Sección de Homicidios, el traslado que lleva meses intentando conseguir? Pero, entonces, ¿por qué no llama el propio Millstätt?

—Ha desaparecido un chico —anuncia Thalbach con voz sonora—. En la declaración de los padres hay incoherencias. Ciertos detalles indican que podría tratarse de un homicidio en el seno de la familia, y ahí es donde entraría en juego tu experiencia en la KK 11. Los padres no son capaces de decir con precisión cuándo desapareció su hijo. A lo largo del fin de semana, durante una acampada a la que fue con su padre, que, dicho sea de paso, no es su verdadero padre.

Justo cuando tiene claro que de una calurosa noche de verano no saldrá nada en limpio, miss Cateye\* lo mira y, a decir verdad, con interés. Manni la observa con detenimiento e

---

\* Señorita Ojos de Gata. (*N. de la T.*)

intenta centrarse en la conversación telefónica. Bebe un trago de su clara y tuerce el gesto: caliente y desbravada, y es que ya lleva allí diez minutos. Aparta el vaso y le hace una señal a la camarera.

—¿Cuántos años tiene el muchacho?

—Catorce.

—Puede que esté con sus amigos, bañándose. O con su novia.

—No parece que sea el caso. Ve a hablar con los padres, por favor. A ver qué te parece la situación.

—¿Para quién trabajo?

—Para mí. Al menos por el momento. Y, por el bien de esa familia, esperemos que siga siendo así.

Y si resulta que el chico ha muerto, ¿volveré con este caso a la KK 11? Manni tiene la pregunta en la punta de la lengua, pero no la formula. Los últimos seis meses ha aprendido a ser prudente. Justo después de que fracasara su primera investigación conjunta con Judith Krieger en un claro de la región de Bergisches Land, Millstätt le comunicó su traslado a la sección de Desaparecidos. Provisionalmente, sólo para evitarse complicaciones. Una mentira piadosa que Manni nunca ha creído. Judith Krieger se ha tomado vacaciones para reflexionar y mimar su lastimada alma, y entretanto él puede hacer penitencia buscando a desaparecidos en lugar de hacer carrera, así son las cosas. Una injusticia que clama al cielo, pues al fin y al cabo fue Krieger la que entonces dejó de lado el reglamento. No obstante, dentro de una semana, cuando vuelva, podrá incorporarse a la KK 11, ya que Millstätt sigue comiendo de su mano, como siempre.

—¿Alguna pregunta?

La voz de Thalbach devuelve a Manni al presente. Éste observa su clara, que está como si nunca hubiese tenido espuma. ¿Por qué no jugar un poco cuando ellos lo mangonean? Por de pronto, no se puede decir que la idea lo entusiasme, y las ganas de cruzar toda la ciudad para llegar al parque móvil de la jefatura son más bien escasas.

—Estoy en un bar y he bebido alcohol.

—¿Mucho?

—Sí, más o menos, unas cuantas claras.

—Pídetes un café cargado y coge un taxi.

La camarera por fin lo ve y se acerca a la mesa de Manni, quien se disculpa con una sonrisa y le quita la libreta y el lápiz sin decir palabra para apuntar la dirección que le da Thalbach.

Abajo se cierra la puerta. Judith no puede apartar la vista de la colección de muñecas de Charlotte. Es como si esas imitaciones inertes de niñas con coloridos vestidos la hipnotizaran, como si se hallase frente a una máquina del tiempo con ojos de cristal. Sabe que ya estuvo en esa habitación, hace décadas. ¿Cuántos años tenía? Catorce más o menos. Era un día de mayo húmedo y gris, poco después del cumpleaños de Charlotte. Ella y Charlotte tienen casi la misma edad, son de 1966. «Felicidades», dice en voz alta para sacudirse la desazón que le produce ese cuarto infantil, que parece atrapado en el pasado como si de gelatina se tratase.

En el cumpleaños la madre de Charlotte sirvió bizcocho de ruibarbo con nata y cacao. Hubo velas y flores, y regalos, claro está, y pese a todo no reinó la animación. Las otras chicas se daban patadas por debajo de la mesa y reían tontamente. Se conocían desde quinto, constituían un grupo cerrado, tan sólo Charlotte y Judith eran nuevas, acopladas, ajenas. Al día siguiente, en el servicio del colegio, Judith oyó a sus compañeras, que fumaban en uno de los retretes, hablar mal de Charlotte. Criticaban su blusa blanca de encaje y las muñecas, y que no hubiese habido helado ni chocolatinas ni refrescos de cola ni música, absolutamente nada de lo que debía haber. Y, como es natural, la cosa no quedó ahí. En las semanas que siguieron al cumpleaños de Charlotte sus compañeras dejaron de hablar con ella sin más ni más. Hacían como si no existiese. Charlotte había invitado a Judith a ir a

su casa, se sentaba con ella en clase, le confiaba secretos en el patio durante el recreo, lo que suelen hacer las chicas, en suma. Judith creía que Charlotte era un poco rara, pero de ninguna manera tonta o aburrida, y a pesar de todo había dejado de quedar con ella. Y después la traicionó. ¿O acaso no fue así?

Judith va a la planta de abajo, se sirve un vaso de agua del grifo en la cocina y se sienta en la escalera de piedra, calentada por el sol, que comunica la terraza con el jardín. Con el calor se siente pesada e indolente y no puede pensar. Todavía está mareada. Intenta apartar los recuerdos de Charlotte y sus muñecas y pensar en un lago de aguas verdes azuladas, en cualquier fantasía veraniega inofensiva, sencilla, del presente, pero no lo logra.

No fue mucho tiempo al colegio con Charlotte y Berthold, tan sólo dos años. Después su inquieto padre consiguió otro empleo, esta vez en Bremen, y volvieron a mudarse. A Judith no le gusta recordar esa época, en la que estaba a merced de las decisiones de sus padres. Su verdadera vida, siempre se lo parece, no comenzó hasta que terminó el instituto. Después del bachillerato regresó a Colonia, no movida por la nostalgia, sino porque ingresó en la facultad de Derecho. Pese a todo, desde el primer día decidió hacer de Colonia su hogar. Por aquel entonces estaba absolutamente entusiasmada con la idea de no tener que volver a mudarse si no quería, de construirse una vida, formar un círculo de amigos, lo que le apeteciera. Sin embargo, no entraba en sus planes volver a ver a sus antiguos compañeros de Colonia, de manera que los evitó.

Judith lía un cigarrillo. En el fondo no sabe nada de su antigua compañera, y posiblemente sea no sólo erróneo, sino además presuntuoso pensar que un puñado de sucesos aislados en la adolescencia y el poco honroso papel que desempeñó ella misma podrían haber ejercido alguna influencia en la vida de Charlotte o en su desaparición. Pero ha desaparecido, eso es un hecho. Al menos nadie parece haberla visto en las últimas siete semanas. Judith se enciende el pitillo y saborea la familiar

picazón de la nicotina en los pulmones. ¿Qué habrá sido de Charlotte? ¿Qué rumbo habrá tomado su vida? ¿Habrá podido ser feliz allí, en el mausoleo de sus padres? ¿Será su desaparición la consecuencia tardía de una vida encorsetada o se habrá ido para encontrar la felicidad? Y, de ser así, ¿qué significa eso? Judith fuma. Vamos en busca de la felicidad, nos sometemos al deseo de alcanzarla como a un Dios insaciable. Nos negamos a aceptar que en la vida también hay fracasos. Cotidianidad. Desgracias. Padres y parejas que nos traicionan o abandonan. En el fondo esta persecución de la felicidad no es más que una variante de la comodidad, porque nos negamos a aceptar que en la vida no todo es color de rosa y que, a pesar de ello, no nos queda más remedio que seguir respirando, ya sean buenos o malos los tiempos que se avecinan.

Charlotte quería ser mi amiga, piensa Judith. Yo la rechacé. Aquello pasó entonces, nada más, fin de la historia, punto. Pero, por algún motivo, la cosa no funciona, y eso saca a Judith de su letargo. Apaga el cigarrillo y se levanta. Si en esa villa desocupada hay algún indicio que sugiera cuál es el paradero actual de Charlotte, lo encontrará.

En el barrio de Brück, Manni se guarda el recibo del taxi en el bolsillo del pantalón, toma una pastilla Fisherman's Friend y echa un vistazo a su alrededor. Los adosados son como en todas partes, también los jardines delanteros ofrecen la imagen habitual: florecillas y un banco de madera, a veces un árbol en miniatura con las ramas podadas de forma grotesca y, por supuesto, todos esos cachivaches de plástico que ya desde lejos indican que los moradores de esas casas ponen todo su empeño en hacer algo en pro de los ingresos de los futuros jubilados. Manni salta por encima de un coche de policía rojo, palas, cubos y un balón de fútbol deshinchado, un caos que afea el ornamental camino de entrada de la casa. Antes incluso de que le dé tiempo a llamar, un hombre rubio abre la puerta descalzo. Dos niños pequeños con la boca

embadurnada de chocolate se aferran a las perneras de sus vaqueros desgastados.

—¿Es de la policía judicial? —Sin prestar atención al carné que le enseña Manni, el hombre agarra por los hombros al niño más alto—. Ve al salón con tu hermana. Papá y mamá quieren hablar a solas con este señor.

Los dos mocosos se quedan mirando a Manni como dos pasmarotes. El hombre sacude las caderas.

—Leander, Marlene, ya sabéis en lo que hemos quedado. Id al salón u os quedáis sin televisión las próximas semanas y vais directos a la cama.

La amenaza parece surtir efecto, y los críos sueltan despacio las piernas de su padre, descalzo, que les da un último empujón en la dirección deseada antes de dirigirse a Manni.

—Frank Stadler, pase.

Martina, la mujer de Stadler, está en la cocina, sentada en un banco rinconera tras una mesa de madera tosca, con las piernas dobladas y la mirada perdida. Su cabello, color caoba, le cae por los hombros en brillantes ondas, lleva un vestido de tirantes verde claro y es muy atractiva, dejando a un lado los abotargados ojos. Sus largos dedos se aferran a algo como si su vida dependiera de no aflojar la presión un milímetro.

—Tiene que encontrar a Jonny —dice, en lugar de saludarlo.

Manni asiente y se sienta enfrente de ella. Sí, daremos con tu hijo, piensa. Antes o después. Y entonces tal vez desees que no lo hayamos hecho, ansies la incertidumbre que ahora no crees poder soportar. Stadler le pone delante un vaso vacío que llena con agua de una de esas botellas de plástico que los tacaños rellenan ellos mismos de agua en casa. Manni bebe un trago. El agua está caliente y es insípida. Deja el vaso en la mesa.

—De modo que ha desaparecido su hijo mayor, Jonathan Stadler. Tiene catorce años...

—Röbel —lo interrumpe Martina Stadler—. Jonny se apellida Röbel.